



DULCE
Tortura

Jenifer Demichelis

Dulce tortura

Jenifer Demichelis

Derechos de autor 2020 por Jenifer Demichelis

Todos los derechos reservados.

Este documento está orientado a proporcionar información exacta y confiable respecto al tema en cuestión. La publicación es vendida con la idea de que el editor no está obligado a prestar servicios calificados, oficialmente permitidos o rendir cuentas de otra manera. Si algún asesoramiento es necesario, ya sea legal o profesional, debe ser ordenado a una persona con experiencia en la profesión.

De una Declaración de Principios la cual fue aceptada y aprobada igualmente por un Comité del Colegio de Abogados de los Estados Unidos y por un Comité de Editores y Asociaciones.

De ninguna manera es legal reproducir, duplicar, o transmitir cualquier parte de este documento, ya sea por medios electrónicos o en formato impreso.

La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y cualquier almacenamiento de este documento no está permitido a menos que tenga el permiso por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

La información proporcionada en este documento se declara veraz y coherente, ya que cualquier responsabilidad, en términos de falta de atención o de otro tipo, por uso o abuso de cualquier política, proceso, o dirección contenida en este documento es responsabilidad exclusiva y absoluta del lector receptor. Bajo ninguna circunstancia se hará responsable o culpable al editor por cualquier reparación, daños o pérdida monetaria debido a la información aquí contenida, ya sea directa o indirectamente.

Los autores respectivos son propietarios de todos los derechos de autor no conservados por el editor. La información en este documento se ofrece únicamente con fines informativos, y es universal como tal.

La presentación de la información se realiza sin contrato o ningún tipo de garantía.

Las marcas registradas que se utilizan en esta publicación son sin ningún tipo de consentimiento y la publicación de la marca registrada es sin el permiso o respaldo del propietario de dicha marca.

Todas las marcas registradas y marcas comerciales contenidas en este libro son sólo para fines de aclaración y son propiedad de los mismos propietarios, no están afiliadas a este documento.

Índice

[El primer día](#)

[Intentando un nuevo comienzo](#)

[Un contrato especial](#)

[¿Una cita?](#)

[Cena con amigas](#)

[Otro encuentro con el galán](#)

[Una cita inolvidable](#)

[La llamada](#)

El primer día

Jessica se quedó de pie frente al salón de clases. Era su primer día de universidad. Hacia apenas un par de minutos había ingresado a un artístico, construido por uno de los arquitectos más famosos del país y que por muchos años fue sede del Ateneo, hasta que las autoridades gubernamentales se habían hecho de él y ahora formaba parte de la Universidad de las Artes, el inmueble no se prestaba mucho para ser instituto educativo, pero sin duda se sentía la vibra de las artes en el lugar, ese aire bohemio, despreocupado, pero a su vez creativo.

—¡Pasa! —Le grito Alondra, su amiga, quien era su vecina y con la que había decidido empezar esta aventura de estudiar artes. —Pareces una loca ahí parada mirando la nada. Entra.

La universidad se jactaba de ser muy enfática con la puntualidad, quien llegara tarde se quedaba afuera. Solo por esa razón ya el lugar estaba convirtiéndose en uno de los mejores institutos del país

Se acomodó junto a Alondra, disimuladamente miraba el reloj, ligeramente ansiosa por la primera clase, quién sería el maestro o maestra, cómo serían las evaluaciones, los compañeros.

Por un momento dudó de su talento. Tenía el don innato de hacer arte con su pincel y lienzos, en casa tenía varios cuadros sin terminar o algunos listos que eran su pequeña galería íntima. Aunque era consciente de que aún le faltaba mucho por aprender, por más autodidacta que fuera, la guía de los maestros sería idónea para conectar y poder lograr las grandes obras que deseaba trazar en la tela en blanco.

Abrió su libreta que tenía arriba la imagen de una mariposa azul con negro, bautizada con el feo nombre de Morpho Peleides, los científicos tenían un don para darle nombres terribles a tan maravillosas creaciones de la naturaleza.

Comenzó a pasar las páginas, buscando una que estuviera en blanco, en las primeras, las escritas, reposaban poemas que en momentos de inspiración escribía, en casa, en su ordenado, reposaban un par de poemario que estaban en proceso de poda, corrección y búsqueda de palabras más idóneas para algunos de sus versos.

Durante los últimos años había pulido sus poemas dejando un trabajo más hermoso...

Ella, sin duda alguna era una artista, solo le faltaba ese empujón, alguien que la encarrilara para que pudiera encontrarse y mostrar al mundo lo que por esa cabecita bullía.

Finalmente consiguió la hoja en blanco, anotó la fecha del día y miró a Alondra, quien estaba inmersa en su móvil. Vio para los lados y ya había más estudiantes, todas caras desconocidas que estaban inmersas en sus mundos, futuros amigos y seguramente enemigos que se gestarían en esa comunidad que se formaba.

Jessica se iba a rendir a su propia introspección metiéndose en alguna red social de su móvil, cuando recibió un codazo de Alondra, la miró y esta le señaló con la boca la puerta.

Allí estaba de pie el hombre más guapo que había visto nunca. Alto, llegaba casi al quicio de

la puerta. Sintió como si una suave brisa acariciaría los vellos de su espalda. Su mandíbula estaba bien marcada, su boca poseía una sensual curvatura, su ojos eran verde, un tono extraño, porque no eran claros como los muchos ojos que había visto en su vida, sino de un verde oscuro, militar, el cabello negro, fino, seguramente rebelde, se contenía en una cola de caballo, que aunque a ella nunca le habían gustado, por alguna razón a ese hombre le quedaba bien.

Además, su manera de vestir era despreocupada y elegante. Parecía que cada una de sus prendas estaba hecha a su medida y le quedaba bien.

No era el profesor, era otro compañero de clases. Pero vaya que era hermoso.

Poco rato después entró la maestra. Quien luego de las presentaciones pertinentes y hablar de su plan de evaluación, fue al grano.

—Jóvenes, a mí me encanta trabajar en grupo.

—A nosotros no... —Dijo uno de los estudiantes, algunos de los presentes rieron. Se veía que era el bromas del salón.

—Pues les tocará acostumbrarse —dijo la maestra sonriendo— desde hoy comenzaremos a formar grupos y seguramente repetirán en muchas ocasiones. Como sé que ustedes no se conocen, esta vez los organizaré yo.

La maestra tomó la lista donde aparecían los nombres de los estudiantes y comenzó a nombrarlos.

—A medida que vaya nombrando, ustedes se irán cambiando de puesto con el de al lado y así cada quien quedará al lado del otro y armaremos el grupo para comenzar a trabajar.

Así fue, a medida que los nombraba todos se iban moviendo de sus puestos y cambiándose con otros para irse acomodando. El salón tenía bastantes puestos vacíos, era fácil ubicar otro asiento mientras la maestra citaba su nombre.

—Ojala nos toque juntas —Dijo Alondra— y casi como si hubiera dicho un maleficio, su nombre fue mentado por la profesora.

Alondra abrió los ojos, esperando escuchar el de Jessica. Pero nombraron a Marcos, al girare a buscarlo, se consiguió con un hombre de lentes, un tanto nerd, nervioso en sus movimientos, quien se le iluminó la cara cuando vio la mujer que le había tocado en suerte como compañera.

Alondra miró a Jessica, como pidiéndole auxilio, ella solo sonrió con la comisura de los labios y se quedó apertrechada, esperando a ver quién le tocaba en suerte.

—Alessandro Mccoy —Dijo la maestra.

Jessica, disimuladamente giró la cabeza, buscando al protagonista de ese nombre. Era él, el guapo que había robado su aliento un rato antes.

La profesora paseaba el dedo por la lista, buscando el compañero para él. Dio un respingo cuando escuchó

—Jessica Álvarez.

Miró a la maestra con una interrogación grabada en su rostro, y ella pareció leer su duda.

—¿Qué pasó? Tú y Alessandro son compañeros.

Jessica solo atinó a asentir con la cabeza.

El hombre, con un gesto serio, casi arrogante vino y se sentó a su lado. Puso su bolso encima de la mesa, la miró, saludó con la cabeza con cortesía y no la miró más, puso su vista en la maestra.

Jessica se sintió incómoda como nunca lo había estado en su vida.

Poco rato después la maestra había formado grupos.

—Bueno, estamos listos. Aquí no hemos venido a jugar, así que vamos a la acción.

La maestra salió hizo unas señas desde la puerta y dos jóvenes entraron con una silla de esas de madera que se usaban antes en los bares de mala muerte y detrás venía una mujer con poco más de 40 años, unas de esas que a todas luces es ama de casa, que tiene un poco de sobrepeso y un par de hijos con algún nieto en camino. Una mujer madura.

Se veía que no había tenido buenos tiempos, su figura la verdad no era la mejor. Venía envuelta en una toalla. La silla de madera fue colocada en el centro, donde todos pudieran verla desde sus ángulos. La mujer se quitó el paño y estaba totalmente desnuda, se sentó en la silla y adoptó una posición donde una pierna tocaba el suelo, la otra estaba en el peldaño de la silla, un brazo reposaba en el espaldar y el otro en la pierna. En su estómago se dibujaban pliegues de sobrepeso, sus senos caídos mostraban que en algún tiempo fueron unas buenas tetas, su rostro, toda ella, aunque no entraba en los estereotipos de belleza, tenían una extraña belleza, supongo era su alma de artista, que no tenía reparo en venir y posar allí, desnuda ante esos estudiantes que al verla quedarse desnuda, chiflaron a modo de piropo.

—Se podrán imaginar lo que vamos a hacer. Quiero que cada pareja comience a dibujar a la modelo, ustedes verán cómo se organizan, la idea es que entre los dos, dejen un solo dibujo. Pueden tomarse la hora de clase en eso. ¿Vale?

Alessandro miró a Jessica, levantó una ceja, como esperando que ella actuara.

—Aquí tengo hojas —Dijo ella— ¿cómo nos organizamos?

—Te prestaré un lápiz de unos buenos que traigo aquí. Vas a usar esos.

Su voz era aterciopelada y hermosa, gruesa, varonil. Hacía que el autoritarismo con el que hablaba sonara sexy. Le dio un lápiz, normal, similar a los que ella tenía en el bolso, pero igual lo aceptó y comenzaron a dibujar.

—Se me dan bien los rostros, vamos a hacer el boceto y ahí vamos uniéndolo a medida, pero empezaré con su cara ¿Vale?

—Sí —respondió Jessica.

Le molestó que en el rato que estuvieron dibujando, ni una sola vez él la mirara ni un momento, estaba solo inmerso en rayar la hoja y formar la figura de la mujer desnuda frente a ellos.

«Toma mi lápiz, es mejor que el tuyo» tan sobrado, tan crecido, se cree que porque es guapo, ya las tiene todas ganadas. Idiota.

No soportaba a los hombres crecidos, que se creían superiores, que pensaban que la belleza física era lo único, que no tenían nada más.

Alondra sabía que su amiga era medio rebelde, por eso le había advertido que tenía que hacer amigos en el lugar y ser callada, no salir con cosas a los demás cuando estos le hicieran algo que no le gustara, por ella, se quedaría callada. Pero sin duda no dejaba de molestarle que él no le regalara ni una mirada.

Estuvo tan concentrada, quejándose en su interior por Alessandro, que apenas si prestó atención a su dibujo, los resultados eran evidentes, los trazos de ella se veían un poco descuidados, en cambio los de él, habían esculpido un rostro que parecía una fotografía en blanco y negro, que iban transformándose en una cuasi caricatura del cuerpo, el contraste entre el trabajo de Alessandro y el de Jessica.

—¿No sabes dibujar? —dijo— Es elemental saber para estudiar esto.

—Si sé dibujar —respondió Jessica mirándolo con los ojos brillantes.

Él miró el dibujo, la miró a ella y dijo.

—Ya.

Fue el único momento en el que le dedicó una mirada, siguió mirando a la maestra y a la modelo, como un muñeco obediente. Como si estuviera en la escuela.

«Estúpido» se dijo para sus adentros.

—¿Ya terminaron? —preguntó la maestra que se acercó y los vio sin hacer nada. —¿Quién hizo esta parte? —señaló el rostro y el trabajo de Alessandro.

Al descubrir la parte de cada uno, miró con una sonrisa fingida a Jessica.

—¿Desde cuándo dibujas?

—Desde siempre. Es mi vida.

—Debes practicar más, tus trazos son muy duros. Igual es la primera clase, pero mira cómo la hizo tu compañero y cómo aquí el trazo cambia bruscamente.

La maestra le dio la espalda y se dirigió a la clase.

—Muchachos, la idea con esto, es que ustedes aprendan a trabajar en equipo, que puedan formar un trabajo donde no se note que hubo cuatro manos, sino solo una, que trazó y formó el arte. Por eso los uno, porque quiero que todos se formen igual. Asimismo les digo, si sienten que esta no es su carrera, que no saben dibujar, están a tiempo de salir por esa puerta e irse a estudiar Abogacía, allá no tienen que dibujar.

Luego de decir esto le dio una rápida mirada a Jessica, ella se sintió terrible.

Alessandro se dio cuenta de todo, tomó el lápiz y dijo.

—Mira, si pones el lápiz así, podrás hacer mejor el trazo porque...

—Joder, yo sé dibujar. Dame eso —le quitó el lápiz, tomó el borrador, y toda la parte que ella había hecho la eliminó en unos segundos, ahora tomó el lápiz y en pocos minutos había trazado toda la figura de la mujer, con una calidad casi idéntica a la de Alessandro.

Este por primera vez la miró con otros ojos, cambiando el punto de vista que tenía sobre ella.

Jessica lo notó y una ráfaga de calor recorrió su cuerpo, sus ojos de madre selva la estudiaban. ¿Sería capaz de arder en ese momento, sintiendo que era taladrada por ese hombre?

Alessandro la estudió, su piel canela clara, su cabello liso, hermoso que caía en cascada por su espalda, sus labios gruesos y delineados, hechos para besar, con unos ojos grandes, expresivos, que parecían sonreír y mostrar una ternura en el tono oscuro. Sus pómulos anchos, que daban la tentación de morderlos y mojarse en la miel de la que parecían estar hechos.

También vio su cuerpo, esto sin reparo, sin disimular, se quedó mirando la figura de guitarra, sus pechos redondos, su cintura mediana y las piernas gruesas y contorneadas, por su sangre corría sangre africana, eso le regalaba un tono suave pero una figura gruesa y hermosa como las mejores negras. Era muy hermosa.

—Dibujas muy bien. —Dijo—Eres buena ¿Por qué el primer dibujo fue tan horrible?

Ella tenía la respuesta, pero no la dijo, al menos no en palabras, porque la mirada que él le dio, pareció comprender lo que pasaba y por un instante se quedaron mirando fijamente y para Jessica este fue un intercambio mucho mejor que muchos encuentros sexuales que hubiera tenido.

Finalmente desconectaron y cada uno pareció ir a lo suyo. La clase finalmente terminó y todos fueron saliendo.

—¿Cómo te fue? —Le preguntó Jessica a Alondra.

—Pues el nerd que me tocó dibuja como los dioses. Así que bastante bien. ¿Y a ti? Estabas bien acompañada. Que envidia. Seguro te lo miraste de arriba abajo. ¡Guarra!

—Terrible, el primer dibujo me quedó facha y la maestra me vio como si fuera una retrasada.

—¿Fue por ti que recomendó irse a estudiar abogacía?

Ella dijo que sí con la cabeza.

Alondra soltó una gran carcajada.

—Calla. Todo fue por culpa de Alessandro.

—Ajaaa.

—Es que me dio su lápiz y me quiso decir cómo hacer las cosas.

—Te has quedado prendada de él, que eres guarra. Bueno, no fuiste la única, todas te envidiamos en la clase, queríamos que nos tocara él.

Cuando Jessica iba saliendo de la universidad junto con Alondra, suena su móvil.

—¿Señorita Álvarez? —Preguntó una voz masculina al otro lado.

—¿Sí?

—Le habla el agente Tucson de la Policía Central.

Su pecho dio un vuelco. La policía no llama nunca a nada bueno.

—¿Qué pasó?

—Lamento informarle que su piso se incendió.

—¿Cómo?

—Los bomberos ya apagaron las llamas, pero lamento informarle que el siniestro consumió todo.

—¿Cómo consiguió mi número?

—Me lo dio el conserje. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Saliendo de la universidad, precisamente iba para allá.

—Aún nos encontramos aquí, estamos investigando el origen y nos interesaría mucho hablar con usted ¿puede venir de inmediato?

Por la mente de Jessica pasaron muchas teorías, ella, la verdad no tenía problemas con nadie, era alguien muy juiciosa, entregada a su estudio y no tenía ni ex tóxicos ni enemigos conocidos, todo tenía que ser producto de un accidente.

A su vez pasó por su mente el dónde dormiría hoy, qué se pondría, qué sería de su vida de ahora en más y lo más importante, si ella tendría la culpa de este incendio.

Mientras iba casi corriendo a casa, la cual quedaba a unas siete cuabras, por su mente cruzaba si había dejado la hornilla encendida, o el cargado del móvil conectado, la plancha enchufada, alguna cosa encendida que provocara el incendio, no era fumadora así que tampoco podía ser que dejó algo encendido. No conseguía explicación.

Llegó. Allí un hombre regordete, con una gran calva pareció reconocerla, vestía de traje, con una camisa que ya no era tan amarilla y una corbata barata, al verla se acarició la calva como seguramente lo hizo cuando tenía una cabellera que su consciente e inconsciente extrañaban.

—Señorita Álvarez, lamento lo sucedido.

—¿Cómo ocurrió?

—No parece provocado por ninguna otra persona, pero los expertos buscan el origen para ello. El móvil más sólido es el de un cortocircuito, una cortina o una tela que no estaba en el lugar correcto. Lo curioso es que todo inició muy rápido, según testigos cuando fueron a llamar a los bomberos ya el incendio estaba en su máximo cenit y para cuando llegaron solo apagaron el carbón, no queda nada.

—Solo soy una mujer con mala suerte entonces.

—¿Tiene algún enemigo?

—¿Cómo dice?

—Que si tiene enemigos que hayan podido causar este incendio.

—No... no que lo sepa.

—Algún novio medio psicópata, un ex marido, cualquier cosa.

—No. No tengo enemigos.

El agente Tucson junto con Alondra y Jessica subieron al piso. Lo que hasta hace unas horas era su pequeño bunker de 40 metros cuadrados, ahora era una escena donde todas las paredes estaban negras, objetos carbonizados que solo su dueña reconocía.

¡Sus pinturas!

Jessica sintió un vuelco en su corazón, caminó en su piso, donde alguna vez hubo una puerta que daba a un pequeño rincón que tenía en el cuarto de invitados, que era su tallercito, ahora solo quedaban paredes negras, y objetos deformes. Reconoció los marcos de algunos lienzos. Ni muestras de sus trabajos. Horas y horas volcadas con el pincel y las pinturas. Tantos sentimientos volcados en esas telas vírgenes que recibían su genialidad, ahora eran nada.

Por un rato olvidó que no tenía ni siquiera unas bragas para ponerse, aparte de las que traía, que no había definido dónde iba a dormir, tampoco que su ordenador se había quemado, con todo el respaldo de trabajo, su obra poética y su vida entera. Se sintió totalmente desolada.

Alondra la ayudó a salir a tomar aire. Jessica, abrumada, muy triste, se sentó en las escaleras y lloró en silencio en el regazo de su amiga. No tenía más nada qué hacer en ese momento.

A lo lejos se escuchaba la voz de Tucson preguntando, indagando y dándole vueltas a los orígenes del incendio. Aunque ya parecía que estaba a punto de irse, no había mucho que ver allí. La verdad esto parecía algo accidental y nada de escenas de crimen.

—¿Tiene dónde dormir hoy, señorita Álvarez? —preguntó la voz del agente a sus espaldas.

El rostro de Jessica pareció hacerse la misma pregunta y con el rostro desolado dijo que no, su mirada era como la de una niña que se ha perdido y no sabe dónde están sus padres.

—¿Cómo que no sabes? —Dijo Alondra— Te quedas conmigo. Vamos a estar juntas hasta que resolvamos tu situación.

Jessica asintió y volvió a bajar la mirada, desolada. Profundamente triste, pensando en sus pinturas, su ordenador, la biblioteca y ya luego, todo lo que con mucho esfuerzo había reunido los últimos años.

Esa noche Jessica durmió en la misma cama con Alondra. Era el espacio disponible en su pequeño piso, la verdad su sueño fue pesado, de esos que tienes cuando estás aturdido, que cierras los ojos, tienes sueños ininteligibles y despiertas de un respingo.

Jessica no supo a qué hora se durmió.

Intentando un nuevo comienzo

Alessandro tenía a Jessica abrazada, consolándola por el incendio. Su rostro era dulce, lejos de la arrogancia de siempre. Ella lloraba, él la alejó un poco y se acercó suave, para besarla. Justo cuando estaba a unos centímetros de su boca, próximo a darle el ansiado beso, comenzó a lamerla, pasando su lengua por sus labios, nariz, mejilla. Lo hacía con suavidad, pero su lengua se sentía un poco áspera y no delicada y húmeda como debería ser.

Jessica abrió los ojos, frente a sus ojos había unos ojos verdes, con una retina delgada y alargada y dos orejas puntiagudas y peludas. Un gato. La lamía un gato, eso la despertó.

—Rembrant, deja a nuestra invitada. —Le ordenó Alondra a su gato.

Jessica se sentó en la cama y quería escupir, su boca sabía a gato y ella odiaba los gatos.

—¿Cómo amaneces? —Preguntó Alondra.

—Me lamió tu bicho. ¿Cómo quieres?

—Ah, es que le caíste bien. Enhorabuena, a ese no le gusta cualquiera.

—Qué afortunada entonces.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias. Sin sabor a gato por favor.

Llegó al baño, se sentó en el váter y pensó en que no tenía ni siquiera con qué cepillarse.

—Jessi, abre el gabinete ahí dentro y ve el cepillo de dientes nuevo, cogelo, te lo regaló. — Dijo Alondra desde fuera, como si le hubiera leído el pensamiento.

Luego del desayuno y dos tazas de café, tenía más o menos claras las ideas, en su cartera que llevaba encima cargaba sus documentos, las tarjetas, sus padres al saber lo sucedido le habían girado una buena suma, entonces iba a ir al centro a comprar ropa, desde bragas hasta algo que ponerse encima. No sería ni de cerca la cantidad que tenía en el guardarropa, pero serviría para empezar. Ni modo.

El resto de la mañana estuvo en algunas tiendas comprando ropa, sin mucho ánimo, no son esa emoción que siempre la había caracterizado cuando iba de compras. Sino como algo mecánico.

Esa tarde el policía la llamó y le dijo que era lo que sospechaban, un corto en uno de los tomacorrientes, una chispa había caído en el colchón o en una de las cortinas y todo había empezado, era una mezcla de un mal trabajo del dueño del piso y mala suerte de ella.

—¿Esta tarde puedo pasar por el piso de su amiga para que me firme unos papeles? — Preguntó el agente.

—¿Qué papeles?

—Rutinarios, sobre el incidente. Solo necesitamos su firma.

—Cómo quiera. No tengo problema.

—Así quedamos.

Luego de mediodía estaba en casa de Alondra, allí la recibió la hermana de esta. Esmeralda, una adolescente muy maja, siempre con una sonrisa a flor de labios y ahora, que tenía a su huésped luego de tamaña situación, no hallaba cómo atenderla.

—¡Jessi! De compras ¿cómo estás? ¿Quieres algo de comer? Hace poco almorzamos, te guardé.

—Gracias. Gracias. Ya comí, Esmeralda.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran dado un palazo en la cabeza.

—No es para menos.

—¿Alondra no ha llegado?

—No, pero ya debe venir por ahí. ¿Has sabido algo de lo que sucedió?

—Ah sí. Accidente, un puto tomacorriente que hizo corto.

—Lo siento.

—Ya qué.

—¿Qué tal la uni? Ya quiero terminar la escuela para también estudiar. Quiero pintar.

—¿Te encanta pintar?

—Lo adoro. Ahora te muestro mis bocetos, tengo algunas cositas, aunque no le digas a Alondra. Que luego se pone celosa.

Ambas rieron.

—¿Y los chicos? ¿Hay alguno que valga la pena?

Jessica con una sonrisa, asintió.

—Supiera que sí. Y para más suerte me tocó como compañero ayer.

Esmeralda abrió la boca en sorpresa. «Esa alegría de adolescentes que se consumía al llegar a la adultez» pensó Jessica.

—¿Cómo es?

—Pues es lindo, aunque es un odioso. Se cree la tapa del frasco.

—¡Hola! —dijo Alondra desde la puerta.

Ambas voltearon a ver y allí estaba Alondra, pero también estaba... Alessandro.

Jessica miró a Alondra, interrogándola en silencio. Ella la cogió en el aire.

—Al mentar tu nombre hoy, la profesora creyó que te habías escabullido por lo que había

dicho ayer, pero yo conté lo que sucedió y bueno, Alessandro quiso venir a ver cómo estabas.

Jessica pensó en que seguramente él había escuchado parte de la conversación con Esmeralda. Él traía puestos unos vaqueros que se le ceñían muy bien al cuerpo, mostrando que bajo esa tela se ocultaban unas piernas definidas y sensuales. Tenía una camiseta de manga corta y con un botón abierto, los brazos se mostraban, musculosos, sus antebrazos, velludos contrastaban con la tela de la camisa. Hoy traía unos lentes de pasta, que contrario a mostrarlo desagradable, le daban un aire de hombre sexy, como película de amor de Hollywood.

A Jessica le estaba costando respirar con la presencia de ese hombre en el piso, a ella que se sentía ahora en faldas y con la peor pinta, luego de haber pasado tan mal las últimas horas.

Nunca en su vida se había sentido de esa manera tan visceral por nadie. Entre otras cosas no le podía quitar la mirada de encima y sentía ese deseo de abrazarlo y comérselo a besos. Se sentía como una chiquilla.

Por cierto, Esmeralda lo miraba con una amplia sonrisa, no disimulando lo guapo que le parecía. Este al verla dio dos pasos y le tomó la mano y la besó suavemente.

—Es un gusto conocerla, señorita. Mi nombre es Alessandro. ¿Cómo te llamas?

—A mí puedes llamarme como quieras —dijo Esmeralda casi en un susurro.

—¡Esmeralda! —dijo Alondra.

—Me llamó Esmeralda —dijo— es un gusto conocerle.

Se volteó para ir a la cocina y abrió los ojos con una sonrisa y una sorpresa que nadie vio, solo Jessica y le dijo un «Wow».

—Supe lo que sucedió —le dijo Alessandro a Jessica—, lo siento mucho.

—Gracias.

—Todos pensamos que no habías ido porque ibas a buscar cupo en la facultad de Derecho.

—Nunca sería una ladrona con licencia.

Él dibujó una leve sonrisa achinando levemente los ojos. Qué hermoso se veía sonriendo.

—¿Ya sabes por qué... se incendió tu piso? —Preguntó.

—Sí. Un corto en un tomacorriente.

—Qué mala leche.

—Sí.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—¿Tienes un piso amoblado que te sobre?

—No, pero podría llamar a ver en qué puedo ayudarte.

—¿Por qué harías eso? Ni siquiera saber mi nombre.

—Te llamas Jessica.

—Vale, pero apenas si nos hemos visto.

—Eres una hermosa chica en apuros que necesita ayuda. No pierdo nada viendo opciones.

No se habían dado cuenta, pero Alondra y Esmeralda no estaban por ahí, solo ellos dos a solas, al parecer la química la sentían no solo ellos dos, sino quienes los veía hablar.

—¿Vas a la casa de todas las compañeras de estudio que necesitan ayuda?

—Solo las que se les quema el piso.

Ella se quedó un momento en silencio, sopesando la respuesta pesada de él, al final ambos sonrieron.

—Touché —le dijo.

—Entonces...

—¿Qué quieres de mí?

—Bueno, sobre lo que me preguntaste si iba a cuanta mujer estuviera en apuros, te puedo decir que no. Solo a ti. Sobre lo que quiero de ti...

Ella sintió que algo frío subía desde el estómago y la paralizaba, abrió mucho los ojos y esperó una respuesta.

—Sabes que quiero mucho de ti... lo sabes desde ayer. Esto no fue algo que solo me sucedió a mí.

Jessica tragó grueso y se quedó allí, aguardando a ver qué más ocurría.

—Lo primero que quiero... Jess... es que me permitas llamarte así. Jess, luego, quiero conocerte más, totalmente. En todos los aspectos. No dejando ningún rincón oculto.

—Me estás asustando.

—No, no debes temer nada.

—¿Por qué me quieres conocer toda?

—Porque tú también quieres conocerme.

Tenía razón.

—Creo... creo que habla la Jessica que tiene un piso quemado y pasó una noche terrible. No la Jessica centrada. Creo que esto es un error.

—¿Quieres algo? —Preguntó sereno.

—Irme a la cama. Ahora mismo. No me siento bien.

—Yo te puedo meter en la cama, y mucho más.

—No... no es correcto. —Dijo ella con pesadez, de repente le había entrado mucho sueño, como si estuviera dopada, pero no era, solo que el cansancio acumulado se había venido encima y el cuerpo exigía que se metiera en la cama.

Ella solo recuerda que fue dirigida lentamente a la cama, que una mano la sostenía del brazo... luego que era puesta en la cama y veía en ráfagas a Alessandro, quien le acomodaba el cabello con familiaridad y la arropaba como un viejo esposo haría con su mujer.

¿Por qué no se sentía incomoda ante tal familiaridad?

Lo último que recuerda Jessica es que una mano masculina acarició su rostro y luego el dueño de esa mano salía de la habitación. Lo demás fue un placido sueño de 8 horas que la despertó animada y renovada.

Un contrato especial

Al día siguiente, ya en la universidad, con un mejor semblante, Jessica esperaba la clase. Ya se había hecho a la idea de que el incendio era parte de su vida y que tenía que seguir adelante, no había de otra.

Sintió la presencia de él, antes de que cruzara la puerta y lo viera. Simplemente sucedió, levantó la mirada y un par de segundo él entró, sus ojos venían buscándola, porque se encontraron y se quedaron mirando hasta que él llegó a su lado.

—Te quiero contratar —fue el saludo que le dio.

—¿Contratarme?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para pintar.

—Alessandro, no sé si lo recuerdas, pero tú dibujas muy bien.

—Tienes razón, pero hay algo que no se me da bien y a ti sí.

—...

—Las mariposas. Pintas mariposas increíble, hiperrealistas y quiero unas en mi casa.

—Un hombre queriendo mariposas es extraño.

—No me digas que eres de esas que tienen esos estereotipos de que los hombres deben vestir de azul y las mujeres de rosa, las mariposas para las mujeres los perros agresivos para los hombres. Me encantan, ya está.

—Vale, vale... pero un momento, ¿cómo sabes que pinto mariposas hiperrealistas?

—Alondra me contó y Esmeralda lo confirmó.

«Par de bocazas» pensó.

Vio a Alessandro a los ojos y leyó que este esperaba ansioso la respuesta, aunque lo disimulaba muy bien.

—Sí, acepto el contrato, siempre estoy abierta a conseguir nuevos clientes. —dijo.

—¿Quieres venir a comer a casa para que veas de lo que hablo y me des tu opinión al respecto?

«Me invita a su casa ¿este de verdad quiere contratarme o quiere...?».

—¿Cuándo?

—¿Te viene bien después de clases?

—Bueno... sí. Está bien.

Al terminar la clase, la cual Jessica atendió muy poco, salieron al estacionamiento, donde estaba aparcado Alessandro, allí esperaba una hermosa moto Virago, tomó un casco y le dio el otro a Jessica.

—No iré en moto.

—¿Por qué? —Preguntó él extrañado.

—Mirame. Traigo un vestido.

En efecto traía un vestido de color gris, de una tela suave de algodón.

—Correré.

—No. No quiero que me vean las bragas.

—Te vienes pegada a mí y así nadie verá ese dulce brownie.

En otras circunstancias le habría ofendido, pero ahora, por alguna razón le gustó el modo en el que llamó a su templo sagrado. No tenía salida, debía ir, así que se acomodó lo mejor que pudo, estiró la tela y quedó muy pegada a él, sabía que su sexo se pegaba a su espalda y que él lo sentía.

Ahora, puesta en esa posición podría contemplar a Alessandro, sentir su olor y sabía que estaba pegada a ese culo redondo como dos taparas que tenía.

En uno de los semáforos Alessandro frenó con más brusquedad y todo el cuerpo de ella se pegó al de él. Ese olor a hombre la embriagaba, había un residuo de algún perfume suave, pero lo que realmente percibía era su olor natural.

—Blancas. —dijo él.

—¿Cómo?

—Tus bragas blancas, son muy bonitas.

Jessica abrió la boca e iba a decir algo pero el semáforo cambió a verde y Alessandro aceleró. Finalmente llegaron al edificio, era elegante, totalmente negro. Cuando se acercaban un portón comenzó a abrirse lentamente y pasaron al estacionamiento.

Poco después, cuando iban en el ascensor, Alessandro miraba detenidamente a Jessica.

—¿Me veo muy loca luego de ese paseo? —dijo ella mientras se acomodaba un poco su cabello.

—No. Estás deslumbrante, solo que me gusta verte.

—Me vas a gastar de tanto verme.

—Nunca.

Entraron a su piso, era hermoso, en las paredes reposaban unas pinturas que tenían una firma con una L y dos SS, luego supo que eran obras de él. Sin duda era talentoso. Una era la de un ferrocarril que venía llegando, la toma era con profundidad de campo, comenzando desde la locomotora y extendiéndose unos vagones atrás, llegando a una estación antigua donde se veían distintas personas en el trajín normal de una estación.

Cómo esa habían muchas otras pinturas increíbles.

El resto del piso era hermoso, unos muebles de cuero negro, un pequeño bar junto a la cocina de firma, y un balcón hermoso que daba a la ciudad, inmensa y expuesta para ellos.

Varias de las paredes eran cristales amplios que por fuera eran negros, pero por dentro se mostraban transparentes. Era un lugar acogedor. Lujoso.

—¿Bebes algo? —Preguntó él.

—Tienes vino.

—No. Pero sí cerveza.

—Vaya contraoferta, pero, sí, está bien.

Poco después se la trajo y una para él también. Se sentaron, cada uno en un mueble separado.

—Cuéntame tu historia. —Le dijo Jessica.

—¿Aún no la sabes?

—No he tenido tiempo de husmear.

—Bueno, aquí te va. Crecí en una familia donde solo compartí con mis padres, mi mamá era una niña de casa que tenía un padre, mi abuelo, muy estricto y no le permitía novios y menos la clase de la que era mi padre, un pobre desgraciado sin un centavo que apenas salía de cumplir el ejercicio militar obligatorio, un flacucho con el cabello cortado al rape y la mirada de quienes no saben qué hacer con su vida. La cuestión es que papá sí que sabía lo que quería, poco después abrió un negocio que prosperó en otros más y al final se convirtió en una tienda online, cuando la tecnología lo permitió y hoy es lo que seguramente has oído. Comercio En Línea. Su tienda lo hizo rico desde muy joven y vaya que la princesa de mi abuelo tuvo una vida holgada siendo hija de un empresario, pero ni así dejaron de odiar a mi papá, tú sabes, eso de la primera impresión.

—¿Eres dueño de Comercio En Línea?

—No, bueno sí, es el negocio de mis padres, pero sí, yo percibo mis ganancias y tengo algunas labores y percibo un buen sueldo. Aunque he tenido que dedicarme más de lleno a esto desde que mamá murió.

—¿Qué edad tenías cuando ella falleció?

—14. Aunque he ayudado a papá, la verdad todo ese rollo de comercio, vender como turco y hacer pasta como la hace él, no va conmigo. No me gusta, a mí desde niño siempre me atrajo el hacer cuadros, dibujos, trasladar lo que veía en comics en lápiz y tenerlo en secreto. Aunque cuando papá notó mi vocación me apoyó y bueno, dejó que me desarrollaría. Papá es un gran tío. Ama toda esa movía del Ho'ponopono, que es la de perdonar, amar y sanar desde el interior. Entonces tiene claro que los hijos no son de uno sino que Dios los pone en la vida y luego se van. Entonces apoyo lo que era y puedo decir que he tenido una buena vida.

—Y yo que me esperaba una historia corta venas del huérfano que vivía solo porque odiaba a sus padres.

—Para nada. Cuéntame la tuya.

—Pues no es tan interesante. Crecí con ambos padres, están vivos, mamá ha sido desde hace

muchos años vendedora de bienes raíces y papá es florista. Así que siempre he estado relacionada con ese mundo. Tengo una hermana menos que vive fuera del país porque se enamoró de un hombre en otra latitud y allá anda. Ellos me ayudan para poder vivir independiente y estudiar lo que me apasiona y ya, nada más.

—Buena historia. Bien que tus padres estén vivos.

—Quiero preguntarte algo ¿Es verdad que quieres que pinte unas mariposas o solo fue una estrategia para traerme aquí?

—Es en serio. Quiero que pintes unas mariposas en mi habitación. Ven.

Se levantó bruscamente y la dejó allí sentada sola. A los segundos ella lo siguió y fueron a la habitación, en efecto allí reposaba una pared totalmente blanca y desnuda. Donde según analizó quedarían perfectas unas mariposas.

—Tienes razón, aquí se verían bien unas mariposas.

—Lo sé. Además, despertar cada mañana y verlas y saber que las hiciste tú, harán que mis días sean maravillosos desde que despierto.

Ella lo miró y sonrió.

—¿Has pintado mariposas?

—Sí, pero no es lo mío, no le da ni por los pies a lo que tú pintas. Lo mío, como puedes apreciar en las pinturas de la sala, es otro estilo.

—Tus cuadros son increíbles.

—Gracias.

—¿Has pensado en hacer exposiciones?

Alessandro se acercó suavemente, quedando a pocos centímetros de ella.

—¿Qué artista no piensa eso? Claro que lo deseo, pero nunca he podido terminar de concretarla, salvo en alguna colectiva.

Mientras hablaba comenzó a acariciarle el cabello, suavemente, como si sintiera la textura, procurando no lastimarle ni un pelo, con la punta de sus dedos acarició su mejilla y luego con el dedo índice ensortijó un poco un mechón.

—Algunos dicen que no soy lo suficientemente bueno como para tener una exposición solo, pero yo creo que sí lo soy. Todo es por culpa de un gilipollas que es mi rival, siempre ha desprestigiado mi trabajo, sucede que trabajamos con la misma técnica y él conoce a quienes yo debería conocer, entonces se caga en mi obra.

—¿Nunca has hecho nada para resolver eso?

—Bueno, una vez lo busqué y le rompí la cara a golpes.

—Eso no soluciona nada.

—No, lo complicó, pero me dejó una satisfacción que no imaginas y desde entonces me ha valido poco lo que diga.

Acarició de nuevo su cabello.

—Nos salimos del tema —dijo.

—No exactamente. Nos conocemos, además todo lo que me cuentas me sirve para conocer un poco más tu esencia y buscar plasmarlo en las mariposas.

—Cierto.

Él tomó la mano de ella y comenzó a acariciarla suave, mientras se miraban a los ojos. Comenzó a dibujar círculos sensuales en su muñeca. Sus movimientos eran lentos, pero insistentes. Había pasión en su yema y lo que no sabía Alessandro ¿o sí? Es que ese era uno de los puntos erógenos de ella.

Sonó el móvil de Alessandro y los sacó de su momento. Se fue a hablar fuera y al momento volvió.

—Debo resolver algo. Ya te voy a pedir un taxi para que vayas a casa.

—¿Está todo bien?

—Más o menos, pero no es nada grave. Es lindo que te preocupes por mí.

¿Una cita?

Jessica estaba con Alondra y Estefanía, otra compañera de clases en un bar. Bebían una copa mientras conversaban de la nada, de pintura, de cine y de todo lo que surge en un encuentro entre amigas en un bar.

Algunos hombres la miraban con deseo, varios de ellos guapos, que parecían querer avanzar, pero solo la contemplaban, tímidos, no sabiendo si dar el paso para invitarlas a beber algo.

Desde hacia un rato Jessica sentía la mirada de Alessandro sobre ella, pero por más que lo buscaba con la mirada, no lo encontraba.

—¿Cómo están mis perras favoritas? —Preguntó un mesero delgado, que a todas luces era gay, era amigo de las tres y le conocían porque siempre iban a ese bar.

—Ah, pero si al fin vino la maricona del lugar a atendernos. —Dijo Alondra.

—Sabes que son mis perras favoritas, pero debo atender a otras.

—¿Cómo te fue en los parciales, Asdrúbal? —Preguntó Jessica.

—Ay, miya pues ahí. Aún no me entregan los resultados, pero lo que respondí no me gustó nada.

—Seguro saldrás bien, despreocupate.

—Eso espero.

—Cuándo te den los resultados nos avisas y te invitamos unas cañas. —Dijo Estefanía.

—Es un hecho, eso sí. Pagan ustedes.

—Claro, por eso te invitamos. —Dijo Jessica.

Alessandro llegó a la mesa. Asdrúbal lo miró de arriba abajo, detallándolo todo en un instante y luego vio a las mujeres dando su impresión con la mirada.

—Perdona que llegué tarde. —Le dijo a Jessica. Luego miró a Asdrúbal y le extendió la mano — mucho gusto. Alessandro.

—El gusto es mío —dijo él, simulando una voz más varonil, todas las mujeres reprimieron una carcajada.

Asdrúbal se fue y cada instante volteaba a ver a Alessandro.

—Suerte la tuya tío —dijo Alondra—, acabas de entrar y ya ligaste.

—Eso veo. Aunque a la que me quiero ligar aún no me mira así.

—¿Acabas de llegar? —Le pregunta Jessica.

—¿Qué piensas tú?

—Que tenías rato aquí.

—Me encantó ver cómo otros hombres te veían de lejos y te deseaban, pero seguro olían que no estás disponible.

—Vaya. Qué seguridad.

—¿Estoy equivocado?

Ella guardó silencio. Finalmente habló.

—¿Desde donde me mirabas?

—Eso no importa. Solo me encantaba ver tu cara viendo disimuladamente a los otros que te deseaban, pero a ratos buscándome, ansiosa por mi impuntualidad. —Lo siguiente que dijo fue en un susurro— Ahora harás algo. Te despedirás de tus amigas y nos iremos tu y yo, porque hoy eres mía y harás mi voluntad.

En boca de otro esto hubiera sonado a comentario de hombre machista que no tolera que una mujer hable con otras, pero en su voz grave y sensual sonaba a un juego que apenas iniciaba.

—De acuerdo.

Así lo hizo, ellas le miraron sonrientes, porque eran testigo de lo sucedía entre los dos. Salieron y ella esperaba ir en moto, pero fuera había un auto convertible. Negro, hermoso, ella no supo identificar la marca, pero sin duda era de alta gama, de esos que agarran 200 kilómetros en 3 segundos.

Le abrió la puerta, ella entró, primera vez que se subía a un auto de lujo. Ahora él se apoderó del volante.

Llegaron al edificio y repitieron el ciclo de llegar al apartamento. Era de noche, la ciudad brillaba hermosa e iluminaba toda la estancia.

—¿A qué me trajiste? —preguntó ella.

—No te preocupes, no te arrastraré a mi cuarto secreto y te amarraré para azotarte esas nalgas hermosas que tienes... bueno, no hoy.

Dijo esto y sonrió con malicia.

Tomó su mano, y mientras la miraba fijamente, acarició su muñeca, la empujó con un poquito de fuerza hacia la pared y acercó su boca a pocos centímetros de la de ella.

—He querido besarte desde el primer momento. Desde que hiciste ese dibujo horrendo de la gorda desnuda.

Ella simplemente lo miró, acercó suavemente sus labios entreabiertos y se rozaron, fue un beso de alientos, porque ni siquiera se besaron. Su corazón martilleaba en el pecho y se sintió desfallecer, quería tenerlo totalmente dentro de ella, que la desnudara y la poseyera allí mismo.

Alessandro la besó suavemente, atrapó su labio inferior y jugueteó con él, con delicadeza, lo hizo sin quitarle la mirada. Fue corto, se detuvo y siguió mirándola a los ojos. A todas estas su mano seguía jugando con la de ella, acariciándola y dibujado círculos en su muñecas.

Dejó de hacer el movimiento y subió su muñeca, la acercó a su boca y comenzó a besarla, lamerla, como si devorara un mango. Ahora sí sentía que desfallecía. Sin duda conocía que era de

sus principales puntos erógenos.

Dejó su mano quieta y ahora se acercó a su boca y se fundieron en un apasionado beso. Era un beso donde se conectaron totalmente, había pasión, entrega, un sentimiento entre ambos, un beso lleno de destreza y de ansiedad por encajar.

Jessica se dejó hacer, era plastilina en sus manos, que hiciera lo que quisiera con ella, lo rodeó con sus brazos, mientras le beso se prolongaba por largo rato. El beso terminó, y ambos se quedaron así, contemplándose en esa hermosa noche.

Alessandro la volvió a besar con pasión y ahora los deseos de ella era de arrancarla la ropa y devorarlo completo, pero había aceptado ceder el control y que él llevara el ritmo de todo esto que comenzaban a vivir.

Él se separó y sonrió.

—¿Quieres estudiar la pared y los espacios para saber dónde vas a poner las mariposas?

Ella asintió. Quería otra cosa, pero aceptó.

Mientras Alessandro estaba en la cocina, ella se dedicó a caminar por el piso, viendo los cuadros, contemplando una pequeña biblioteca, asomándose por algunas puertas. Cuando abrió la primera, desde la cocina él le dijo que era la de invitados, otra daba a un área que no estaba amoblada y otra estaba con llave.

—No es momento para que conozcas esa área de la casa —dijo él.

Dio con el baño, totalmente blanco, con una amplia tina y un juego de duchas de esas que echan agua por todos lados. Era un baño simple, muy minimalista para su gusto.

Por más que estudiaba la decoración de ese piso, tan hecho al azar, típico de un hombre soltero, más le sorprendía que quisiera unas mariposas, no pegaban. Igual no iba a discutir, quería estar en ese lugar y si le hubiera pedido murciélagos, los hubiera pintado también.

Alessandro la tomó de la mano y la llevó al dormitorio, desde fuera se veía la pared blanca impoluta, su gran lienzo. Dentro notó algo que no había visto la primera vez, la cama, inmensa, redonda, cómoda. Con unas sábanas también blancas y unas almohadas que se adivinaban mullidas y acogedoras.

Pensaba en lo que haría en esa cama con Alessandro, esto lo hacía mirando la pared blanca, pero pensando en estar acostada.

Alessandro la rodeo por la espalda e introdujo el rostro en su cuello.

—Estás silenciosa. Debes estar pensando mucho.

«Pienso en que me tires en esa cama, arranques mi ropa y tengamos sexo salvaje toda la noche».

—Tu cama parece muy cómoda —Le dijo.

—Yo pienso en cómo se vería la silueta de tu cuerpo en la cama. Contrastando tu belleza con la tela blanca de las sábanas.

Besó suavemente su cuello y Jessica se estremeció. Había dado con otro punto erógeno.

Jessica se separó, camino lentamente y se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, mirando fijamente a Alessandro, se echó un poco para atrás y se expuso.

—¿Te gusta?

Él se subió a la cama, sus bocas se encontraron en otro apasionado beso y le dijo:

—Te quiero en todas las posiciones posibles. Aunque hoy no será. Pero aprenderás lecciones nuevas de Kama Sutra conmigo.

La besó, metió su lengua en la boca de ella y la hizo vibrar, mojarse, quería tenerlo dentro, este beso no era delicado, era posesivo, salvaje, lamió su muñeca, se introdujo en su cuello, jugó le arrancó algunos gemidos y se detuvo. Se puso de pie, sin quitarle la mirada de encima.

Ella temblaba, vibraba, sus senos clamaban caricias, sus bragas estaban mojadas, el también se veía erecto, pero no avanzó.

—Sucederá y tendrás la mejor noche de tu vida, pero no va a ser hoy. Pero sí pronto.

Volvió a besarla de esa forma tan posesiva y Jessica solo asintió.

—Vamos a comer. —Dijo él.

—Cómeme a mí.

—Tentador... muy tentador.

—¿Hoy si tienes vino?

—Sí, lo compré especialmente para ti.

Se sentaron a comer, era un robalo que olía delicioso, se sirvieron de un tazón de verdura, espinacas, col y yogur griego. Era un plato de comida delicioso y además muy sano.

Estaban en la mesa, muy cerca el uno del otro. Comiendo casi al lado.

—Odio comer sola —dijo ella.

—¿Por qué?

—Es una historia para cuando tengamos más kilómetros recorridos.

—Vale.

Siguieron comiendo, a ratos en un agradable silencio y en otras conversando animados.

Sin previo aviso él puso su mano en su muslo, con los dedos muy cerca de su entrepierna. Se acercó suavemente.

—Eres muy hermosa, Jess. Tu tono de piel me enloquece, me hago adicto de tu boca, de tu olor.

Ella sintió deseos de besarlo de nuevo, pero cuando ya lo iba a hacer él se separó y siguió comiendo.

—Pensarás que soy peligroso y llevó el control de todo, pero tú no te quedas atrás, eres fuego tras esos ojitos amables que tienes. No creas que no me he dado cuenta. Sé que quieres saltar sobre mí y arrastrarme a la habitación.

—Ups. Me pillaste.

Era agradable mantenerse un rato en silencio. Eso de hablar hasta por los codos era típico de quienes querían llenar vacíos propios. Ellos se sentían bien así y eso le encantaba a Jessica.

—Masticas esa espinaca como si fuera remedio. Sentiré que odias mi cena.

—Claro que no tonto, disfruto cada bocado, no quiero que se acabe, nunca en mi vida había probado una ensalada tan deliciosa.

Él la miró unos segundos y al sentirse satisfecho con la respuesta siguió comiendo.

Al terminar de comer recogieron todo. Cuando ya habían lavado los platos, algo que hicieron juntos los dejaron escurriendo en el sitio dispuesto para ello. Ahora, en la sala, oyendo a Nora Jones cantando Turn Me On, Alessandro colocó la palma de su mano en el rostro de ella.

—Deseo arrancarte esa ropa hermosa que traes, besarte desde la punta de los pies hasta la boca y volver a descender, luego, cuando te tenga totalmente así, penetrarte y verte a los ojos mientras gimes y pides más y cuando llegues al orgasmo y cuando yo llegue, seguir, en la cama, en la mesa, aquí, en la cocina, por todos los rincones.

Jessica lo abrazó y se quedó sumergida en su pecho, sintiendo el corazón de él latir con fuerza.

—Yo que pensaba que querías salir de mí, que te había aburrido mi charla o mi personalidad.

—Para nada, quiero pasar cada minuto de mi vida contigo, pero no quiero ir rápido, aunque mi cuerpo luche por no dejar un solo rincón sin explorar de ti y hacerte amanecer gimiendo entre mis brazos. Esto de las citas no va conmigo, contigo fue... diferente.

—¿En serio? —Dijo mientras le acariciaba el cuello y lo olía con delicadeza.

—No me tientes más, por favor.

—Tu resistencia me pone más.

Volvieron a besarse apasionadamente, con un ardor y un deseo que los devoraba a ambos. Tomó su cabello y lo haló con un poco de fuerza, dejando su cuello a voluntad, lo besó y cabalgó su lengua por todo su espacio, ella gimió mientras sentía la boca explorarla.

—Ese color de piel me dan ganas de sumergirme en ella, me hago adicto a toda tu piel. Adicto, Jess, adicto...

Las manos de él se fueron haciendo más atrevidas, llegaron a sus senos y los rodeó, los amasó sobre la tela, las manos fueron descendiendo, llegando a su pantalón, jugando suavemente con la correa, queriendo desabrocharlo.

Suspiró con fuerza, se separó unos pasos, reprimiendo, aguantando el momento.

El bulto en su pantalón era enorme.

—Aleja tus ojos, Satán. Este premio no te toca hoy.

Finalmente la llevó al edificio de ella, bueno donde vivía con Alondra. Al dejarla en la puerta le dio un beso suave en los labios.

—La otra semana podemos tener otra cita. Andaré full.

—Yo igual, —dijo ella.

—¿Qué harás?

—Los trabajos de la universidad, los proyectos pendientes, organizar mi vida luego del incendio, compartir con Alondra y Esmeralda, lo normal.

—Yo un mundo de cosas de los negocios de papá. ¿En estos días de compromisos, estudiarás los ajustes de las mariposas?

—Claro.

—Genial.

Se dieron un beso rápido en los labios y se fue.

Cena con amigas

—Tienes cara de follada. —Dijo Alondra.

—Se ve que lo pasaste genial con el muñeco ese —dijo Esmeralda con una sonrisa que delataba lo mucho que lo deseaba.

—Dejen de ser tan curiosa las dos.

—¿Pero hubo algo o no? No has querido soltar prenda en estos días. —dijo Alondra.

—Sí, pero no.

—¡Ajá! Te pillamos. Cuenta.

—Quiere llevar las cosas lentas.

—No follaron —Dijo Esmeralda.

—No, no follamos.

—Ah, pues qué chiste, entonces cuál es el gran misterio de estos días. —comentó Alondra.

—Es más complicado de lo que crees.

—Seguro es uno de esos a la antigua que pone cartitas en los árboles para que ella las recoja, sabes, como los abuelos. —dijo Alondra.

—No, no es así.

—Entonces seguro ni se empalma. —Dijo Esmeralda.

—Claro que sí. Vaya que sí.

—¡Te pillamos! —Gritó Alondra—, anda tía, cuenta, coño, que una no se come ni una rosca y se alegra de que las amigas se coman la mejor del salón.

—Qué no hemos hecho nada.

—¿Se la mamaste? —Preguntó Esmeralda.

—¡No!

—Anda, no cuentes nada entonces tía.

—Pero es que no hay mucho qué contar. La pasamos bien, tuvimos algunos avances, pero no llegamos allí, no se la mamé, no se la vi ni se la toqué, tampoco me tocó nada.

—¿Entonces? —Preguntó Alondra, frustrada.

—La pasamos bien, pero vamos poco a poco.

—Yo en tu lugar lo habría volteado como una media mínimo seis veces. Ese papacito. —Dijo Esmeralda.

—¿No eres muy chica para pensar en esas cosas? —preguntó Jessica.

—Uno tiene su imaginación. Por ahora solo eso, pero tú tienes el en vivo y no aprovechas.

—Claro que aprovecho.

—¿Te gusta? —Preguntó Alondra.

—Sí. Me encanta.

—Eso es genial entonces, salud.

—Quiere que le pinte unas mariposas, todo porque una bocazas le dijo que yo las pintaba muy bien.

—No solo le dije, le mostré la que pintaste en la sala de la casa y se quedó boquiabierto. Así que de nada.

—Gracias, pues, gracias.

—Yo también tengo algo que contarte. —Dijo Alondra.

—También salgo con alguien.

—¿No que no te comías una rosca?

—Bueno, poniendo drama a ver si soltabas prenda.

—¿Quién es?

—no lo vas a creer, el de lentes.

—¿El nerdillo del primer día?

—Sí.

—No son tu tipo.

—Si le conocieras me entenderías y no le digas nerdillo, se llama Saul, y es inteligente, muy inteligente, talentoso y detrás de esas gafas de nerd y esa pinta de vaca amable hay fuego.

—¿Ya te lo follaste?

—Sí.

—Guarrilla.

—Vaya que tú.

Otro encuentro con el galán

La cita había sido directa en el piso de él. Allí llegó ella, subió a su apartamento y le esperaba un almuerzo, no lo había preparado, sino que lo había pedido. Apenas cruzó la puerta él la tomó por la cintura y le dio un suave beso en los labios.

Pero de inmediato se detuvo porque su móvil vibró. Tomó el aparato y fue a contestar. Toda la estancia estaba en silencio, así que sin ser cotilla se enteró de varias cosas.

—¿Dónde estás? —preguntó una voz masculina al otro lado.

—En casa.

—¿Con esa mujer?

—No es tu problema.

—Soy tu hermano mayor, claro que lo es, por eso es que te he visto tan disperso.

—No es nada que sea tu incumbencia.

—Esto me huele igual que a Sandra, ella es otra Sandra, Alessandro. Así que cuidado.

«Quién era Sandra».

—Encargate de tu trabajo que yo me encargo del mío, no te metas en mi vida privada, joder.

Colgó.

Jessica respiró hondo para concentrarse en ver la biblioteca y no dar por enterado que escuchó casi toda la conversación

—¿Comemos? —dijo.

Cuando se dirigían a la mesa, él se detuvo, la miró y la besó como si fuera el último beso que se fueran a dar.

—¿No es demasiada tentación que estemos solos aquí para almorzar?

—Solo almorzaremos, tenemos cada uno compromisos. Cuando te folle vas a ver que será más que una hora. Así que tranquila.

Las piernas de Jessica flaquearon en ese momento.

Ya en la mesa, ella se sentó mientras él se encargó de hacer las veces de ama de casa, le puso agua y toda la comida que habían dejado previamente lista para servir.

Esta vez el almuerzo era con carne y de postre había fresas.

Durante el almuerzo conversaron de todo un poco, pero se notaba muy en el fondo que Alessandro estaba contrariado, la llamada lo había dejado molesto, se notaba. Bueno, Jessica también estaba contrariada, porque no podía sacarse el nombre de Sandra de la cabeza, no se aguantó y habló.

—¿Quién es Sandra?

Él siguió comiendo, no pareció sorprenderle la pregunta.

—¿De dónde sacas el nombre?

—El piso estaba en silencio y accidentalmente escuché buena parte de la conversación

—Es mi hermano, que es un gilipollas y se mete donde no debe, no pienses nada malo.

—Vale ¿pero quién es ella?

El resto de la comida estuvo en silencio. Cuando terminó de comer, se levantó, recogió su plato y lo puso en el lavabo, fue a la nevera sacó una cerveza y fue a la sala, parecía absorto en sus pensamientos, no decía nada.

Jessica sintió que se había pasado de la raya, que la había cagado. Fue a la sala, se sentó a su lado.

—Todos tenemos historias pasadas ¿verdad?

Él no asintió ni negó, pero la manera en la que la miró, dio a entender que tenía razón.

—El amor es así. A veces duele.

—Lo que Sandra y yo tuvimos fue por un tiempo increíble, pero al final se fue a la mierda y cuando digo la mierda es porque allá se fue y me quedo corto. Pero ya acabó.

—¿Cuánto duró?

—5 años.

—¿Desde cuándo lo dejaron?

—Creo que más de tres años ya.

—Eres mi segunda mujer que le permito llegar tan lejos conmigo, luego de Sandra nadie, a lo sumo un aquí te pillo aquí te mato, todo para el placer, pero nada más, nada de una conexión como... como esta que construimos tú y yo.

Ella se quedó mirándolo, con ternura, con preguntas en sus ojos.

—Eres especial Jess, totalmente especial para mí, me enamoro rápidamente y tú también, sabes que es así, conectamos como nunca lo hemos hecho con nadie.

Luego de eso la besó, un largo beso, profundo, uno de esos que son el preámbulo a una tarde de placer. Al final, el beso fue suave, apenas acariciando sus labios.

—Sandra es un cadáver en mi vida. Nada que deba preocuparte.

—De acuerdo, te creo, pero debemos cuidar que esos fantasmas no dañen esto que nace y que sí, es hermoso y no quiero que se arruine

—Hablame de tu ex.

—Terry, amor del pasado, hace tres años que cortamos. Lo bloqueé, nunca más supe de él.

Mientras ella hablaba, él le acariciaba el cabello.

—Me desconcentras.

—¿Por qué?

—Mirándome así como lo haces. No puedo.

—Bueno, tú sigue hablando, mientras yo hago esto.

Metió su rostro en su cuello y comenzó a besarlo, a jugar con el lóbulo de su oreja.

Como si ella pusiera concentrarse. Al contrario gimió un poco y Alessandro la separó.

—No. Imposible, gimes así y te arranco las bragas en un minuto.

Jessica gimió de nuevo, ahora adrede, mientras lo miraba con deseo.

—Para. Anda, sigue contándome de ese tonto.

—Bueno, lo conocí por medio de una amiga. Éramos grandes amigos y no vivimos juntos ni nada, pero él me propuso matrimonio, así hasta que lo conseguí con una mujercita que siempre le había puesto el ojo. Así que acabamos, claro no sin antes que me dijera de frígida para arriba. Un patán con todo. De lo peor que he tenido en mi vida.

—¿Has salido con alguien?

—Solo citas. Ningún hombre llena mis zapatos, bueno hasta ahora.

Él acarició su rostro y bajó las manos delicadamente hasta el cuello y los hombros.

—A veces el amor duele, negrita.

Ella odiaba ser llamada negra, pero en sus labios adoraba que la llamara así, él podía llamarla como quisiera.

Luego de eso, acarició su cuello con sus labios sin llegar a besarla. Le daba suaves mordiscos en el cuello y esto la estremecía más y más.

Jugó con el lóbulo de su oreja, mientras sus manos acariciaban el pecho.

—Borraré el recuerdo de tus hombres pasados y el dolor que ellos hayan causado.

—Me enamoras más, Alessandro.

—No solo quiero que te enamores de mí, quiero que tiembles que vibres, que respiremos juntos, que seamos uno.

—Eso ya lo lograste...

Le acarició el abdomen y las piernas.

—Ven mañana en la noche. ¿Quieres?

—Sí.

—Vale, nuestra hora de almuerzo ha acabado.

—Sí, debemos hacer cosas.

—Mañana a las ocho.

Luego de decirle esto la tomó y le dio un beso apasionado, de esos que solo podía darle él. Luego la llevó lentamente al ascensor, la despidió con un beso corto y se quedó allí, hasta que la puerta se cerró.

Una cita inolvidable

Al día siguiente él la buscó en su edificio y fueron hasta su piso. Apenas entraron la tomó de la mano y la puso contra la pared y suavemente le dijo

—Quédate quieta.

Ella obedeció con la cabeza, como niña buena.

Sus labios se encontraron, eran besos suaves, amorosos y cálidos. Eran toques hechos con erótica pasión. Parecía que quería delinear cada espacio de sus labios.

Con una de sus manos sujetaba la cabeza y con la otra pegaba el cuerpo de ella al suyo, con la palma peligrosamente cerca de su trasero. Acarició con el pulgar la comisura de sus labios, volvió a besarla, apasionadamente. Aumentó poco a poco la fuerza hasta que fue sintiendo que ambos daban todo por ese beso y terminó en explosión. Las manos de ella querían arrancarle la ropa, comenzaron a jugar con su ropa pero él las tomó y las separó, la miró y le dijo que no con la cabeza.

—¿Sabes que adoro de ti? —Dijo.

—¿Qué?

—Te entregas a un hombre como yo, que quiere más que placer con una mujer, quiere una entrega total que vaya más allá de cualquier límite que se entrega dócil cuando sabe que dentro se oculta toda una fiera que quiere actuar.

Se separaron y él la llevó hasta el bar, donde le ofreció uno mojitos cubanos, eran los preferidos de ella.

La tomó de la mano y la llevó hasta la terraza, una amplia terraza de unos veinte metros cuadrados que tenía una decoración para ese momento, hecha con una serie de plantas de todo tipo, incluso algunos rosales, era un espacio acogedor.

Se sentaron a beber un rato y a contemplar la vista y la noche que era hermosa.

—Tienes el ceño fruncido —dijo él.

—No. Estoy bien.

—No lo estás, dime.

—¿Cómo no estar bien si estamos tan bien aquí?

—Porque lo leo.

—Ah, ver ¿Qué me pasa?

—Te sientes frustrada conmigo. Quisieras estas por lo menos en el quinto orgasmo y no aquí, luego de tanto preámbulo. A ratos te preguntas si eres tú el problema, a la vez sientes si estás desesperada por sexo y te molesta, a la vez piensas si seré yo que tengo miedo porque sufro de alguna limitación.

Ese hombre podía leerla como quisiera hacerlo.

—Tienes razón.

—Si quieres te puedes desnudar y provocarme más de ese modo. No tengo reparos en eso.

A ella le extrañó el comentario lo tomó incluso por una ofensa y no por un cumplido, creyó que en realidad él la usaba y no era más que una burla todo esto y claro, no es para menos, ella, con ese físico y él, tan abrumadoramente bello...

Alessandro saltó sobre ella y le besó los labios con mucha pasión.

—No pienses eso. —Dijo, adivinando lo que pasaba por su mente—, eres sumamente hermosa y me tienes loco. El hecho que no estemos desnudos y jadeando en este momento, no resta que yo esté totalmente loco por hacerte mía y que no me enamore cada día más de ti y de todo lo que representas, mi negrita bella.

—Es que te deseo mucho, no sé qué pensar.

—Y yo a ti. No sientas que eres tú.

—Pides que me desnude a lo mejor para ti esto es normal, anda con la polla al aire ante cualquiera, pero más allá de mostrarme abierta contigo, el hacerlo no es tan sencillo para mí.

—Déjate llevar.

—Eso intento.

—Hazlo en serio. Te mostraré algo, pero debes confiar en mí

Ella dijo que sí con la cabeza.

Ella estaba en una tumbona, en esa terraza, y él se puso sobre ella y comenzó a tocarla suavemente mientras su lengua jugaba en su boca, haciendo remolinos con la de ella. Comenzó a desabrocharle la blusa y a acariciar suavemente sus senos.

Jessica quiso corresponder y hacer lo mismo, deseaba también hacerle el amor apasionadamente, pero él la detuvo.

—No tienes permiso para tocar. Solo puedes disfrutar.

—Yo quiero jugar.

—Jugar también es dejarse hacer, ya tendrás oportunidad de hacer mucho, por ahora, disfruta. Déjate llevar y no te arrepentirás de nada. Deja de pensar y comienza a sentir. Te demostraré lo atrevida que puedes llegar a ser.

Entonces... se soltó, dejó que las manos de él la recorrieran, a veces con violencia, a veces con delicadeza, algunas rozándola apenas. Le corrió la blusa hasta dejarla casi liberada pero con la camisa colgando.

—Date la vuelta y apoyate en las manos —le ordenó.

Ella obedeció, y en esa posición se arqueó un poco para permitir que él hiciera todo lo que quisiera con ella.

Los dedos de él caminaron por toda su espalda, por la clavícula, delineó con delicadeza cada

centímetro de su cuerpo, su espalda, se acercó, la lamió con sutileza, sintiendo cada centímetro.

—Quiero comerme toda tu piel. —Sentenció.

Le quitó el sujetador y este cayó al suelo. Las manos comenzaron a jugar con sus pechos, pero sin llegar a los pezones, solo jugaban con la carne, aunque a veces una caricia se escapaba a las aureolas, no se concentraban allí.

La volteó y la puso de nuevo en la poltrona, volvieron a besarse mientras sus manos seguían concentradas en los pechos, eran movimientos firmes que no lastimaban, pero si dejaban sentir su virilidad, él sabía cómo mover sus dedos hará hacerla sentir placer.

Ahora, su boca se concentró en ellos, dando lengüetazos suaves, le daba suaves succiones mientras le susurraba cosas guarras.

—Nadie había sido tan apasionado con mis tetas —dijo ella.

—De lo que se pierden. Son perfectas, del mismo tono de la piel, ese tono canela sexy y coronadas con una aureola que parece una oreo y que provoca mordelas.

—Me encanta.

—Quiero hacerte explotar, quiero que gimas. Cierra los ojos.

Su voz era aún cálida y sensual, pero autoritaria, como siempre. Ella obedeció.

Pronto sintió que algo líquido caía en sus tetas, luego otra gota cayó en su pezón. Sintió un dolor intenso, pero luego llegó la calidez. Los besos no se interrumpían, salvo unos segundos para que esa gota cayera de nuevo en otra zona de sus pechos.

Las gotas seguían, en una y otra teta. Eran gotas que ardían, que quemaban, pero que tenían un extraño placer en ellas.

El ardor se mezclaba con el placer y con Alessandro que introducía su mano por entre los pantalones y llegaba a su coño, que estaba empapado y lo recibió con placer, dibujó un círculo rápido e introdujo el índice y dedo medio en su templo sagrado. Jugó unos pocos segundos y salió.

—Abre los ojos.

Obedeció y vio sus tetas llenas de cera de vela.

—Me he corrido en tus tetas ¿Te gusta?

Ella asintió, ahora le mordió los pezones y le arrancó la cera, ella volvió a cerrar los ojos. Se concentró en sus pezones, lamiéndolos y acariciándolos con pasión, mientras por momentos entraba en su templo y la acariciaba de pasada, cuando lo hacía ella arqueaba la cadera, pidiéndole con el cuerpo que avanzara que no se detuviera.

Todo esto en conjunto hizo que su vagina se contrajera, que sus pechos reaccionaran que todo su cuerpo estallara en una bomba de pasión que le regaló uno de los mejores orgasmos que había tenido hasta ahora.

Sus gemidos agitados no cesaron por un rato, eran largos, intensos, aún la corriente le recorría todo el cuerpo.

Se quedaron envueltos en unos largos besos acicalados, y acariciándose. Ella aún deseaba

más, a pesar de ese orgasmo intenso, necesitaba a Alessandro en todo su ser.

—Voy por otra bebida. Estoy sediento —dijo.

Cuando se levantó, ella le siguió, lo tomó de la mano, le dio la vuelta y le besó, sus manos se pusieron sobre su camisa y mientras le daba un beso profundo, metió las manos debajo de la tela y acarició su pecho firme y suave.

Le levantó la camisa y él se dejó, quedando por fin un poco desnudo ante ella. Él le desabrochó el pantalón y ella se ayudó a quitarse el pantalón, luego se quitó las bragas en dos movimientos, quedando totalmente desnuda para él. Se besaron y la llevó hasta ponerla contra la pared, con el culo un poco echado para atrás, él se inclinó para poder estar a la altura de ella. Teniéndola así de espaldas acarició toda su espalda, la lamió, recorrió cada centímetro.

—Negrita hermosa

Le susurraba en cada beso. Se notaba que por fin estaba degustando todo el cuerpo de ella, tocando lo que tanto había anhelado tener.

Se puso de rodillas y recorrió con la humedad de sus labios todos los rincones de su vientre, por las laterales, los brazos, las muñecas, ambas, sintiendo cómo ella volvía a ponerse húmeda y deseaba tenerlo totalmente dentro de él.

Volvió a ponerla en la posición, puso su miembro en su abertura, delicada, con suavidad, comenzó a penetrarla suavemente, con delicadeza, hasta que quedó en su interior, sin ningún reparo.

Ahora fue retrocediendo lentamente y el siguiente movimiento fue una embestida que le siguió a otra y a muchas más. Los envites eran violentos y profundos, rápidos y violentos. Ella contraía los músculos de la vagina antes cada entrada y salida que tenía, sentía todo su cuerpo vibrar al saberse poseída por fin por ese hombre que alborotaba tantos sentimientos en ella.

Alessandro se salió, le dio la vuelta y la levantó, ella le rodeó el cuerpo con sus piernas y la penetración llegó de inmediato, ella rodeaba su cuello y se besaban, mientras él la tenía por sus nalgas y subía y bajaba con envites violentos, rápidos, donde ambos respiraban y jadeaban.

—Desde que hiciste ese dibujo horrendo te deseaba así como te tengo ahora, desde el primer momento quería follarte ese coño que parece un brownie delicioso y que clama por mí, desde el primer momento me atrapaste, negrita.

Siguieron besándose con esa pasión que solo ellos podían darse y los envites no cesaban, parecía que él no se cansaba nunca y que su espalda era un tubo de hierro para sostener ese peso por tanto tiempo.

—No quiero que acabes todavía —le dijo él—. Aún no. Yo te aviso cuándo.

Pero no pasó mucho tiempo para que ella no aguantara más y se corriera de una manera deliciosa, en un orgasmo que era incentivado por los envites de él. Poco después Alessandro abrió la boca y mientras aumentaba la fuerza estallaba en un largo orgasmo. Jessica sintió que todo su interior se inundaba de su tibieza. Así quedaron un rato, abrazados, aún penetrada por él. Reposando, recuperando el aliento el uno con el otro.

—La noche apenas comienza, negrita.

La puso de nuevo en la tumbona y él se puso sobre ella, le dio un largo beso lleno de amor. Se puso de pie y la llevó de la mano hasta el dormitorio, la puso en la cama redonda y trepo en ella.

Comenzó besando sus labios con pasión, luego su cuello, los hombros, la espalda, subiendo y bajando con delicadeza, sus pechos, que tenían las marcas de la cera de vela, el estómago, dibujó un camino en su ombligo y se sumergió en él, le dio la vuelta y lamió sus nalgas, las mordisqueó con cierta violencia, Jessica sabía que esos lugares dejarían marca, pero le encantaba la sensación de tener huellas de su hombre por todos lados.

Volvió a darle la vuelta. Llegó hasta su boca, la besó con pasión. No se había dado cuenta, pero en su mano tenía una pluma, de un anima, de color blanco. Empezó a acariciarla suavemente desde la boca hasta el pubis. Acarició con la pluma toda su piel, los pezones, en recorridos de un lado o al otro, no dejando un solo espacio sin marcar. Ella abrió las piernas y la pluma se adueñó de ese lugar, lo recorrió con la pluma, suavemente, moviéndose de un lado al otro. Acariciando el clítoris de pasada, pasándola por todo el monte de venus y siguiendo el recorrido.

Ahora se concentró en los brazos, en su cuello, la pluma era un coche que no dejaba ninguna autopista de su cuerpo sin surcar.

Ahora Alessandro se puso entre sus piernas y empezó a besar su ombligo, poco a poco fue bajando más, vio por todo su abdomen, llegó a la línea del biquini y le dio una mirada llena de mucho morbo antes de dar otros pasos. Ella le respondió la mirada abriendo más las piernas, con la mano fue moviendo suavemente sus labios hasta abrirla completamente. Teniendo toda lista para él.

Le dio una primera lamida, rápida, y comenzó a darle lengüetazos rápidos, alrededor del clítoris, ella comenzó a moverse también, a guiarlo, pero sus manos la pusieron firme, debía obedecer y dejarse hacer.

Cuando la sintió totalmente húmeda sumergió su lengua en el interior, Jessica quería controlar, ordenarlo que hundiera su rostro, pero se aguantaba, no tenía el mando ahora mismo.

Le regalaba lamidas que venían acompañadas de succiones. Finalmente la lengua de él, firme comenzó a jugar con su clítoris y sabía que no duraría mucho. Alessandro sentía cada uno de las sensaciones de ella y alternaba los juegos con su lengua, para detenerse, introducir sus dedos, acariciar el punto G mientras su boca se concentraba en la muñeca y volver a su clítoris, alternando entre uno y otro.

Finalmente, estalló, fue un orgasmo sentido, largo, que la recorrió y la dejó con una extraña sensación donde quería ponerse a llorar.

Se volteó y unas lágrimas tímidas corrieron por sus mejillas.

Alessandro se acostó a su lado y la abrazó. Le dio unos besos en la nuca llenos de mucho amor y le susurró

—Vives momentos inéditos, es normal que te sientas así, mi negrita.

—Nunca me había sentido tan conectada como lo estoy ahora. Jamás un hombre había logrado esa conexión conmigo.

—La primera vez que te vi, supe lo hermosa que eras, lo confirmé, pero ahora, derritiéndote bajo mis manos, eres totalmente hermosa, y es una belleza que solo veo yo, nadie más.

Ella no dijo nada. Solo se volteó, se acomodó y comenzó a besarlo. Él pasó el pulgar por su boca y ella lo succionó y lo lamió desde la punta. Ahora descendió hasta su miembro y acarició suavemente sus testículos, mientras su mano subía y bajaba por el tronco. Su boca se puso en el glande y empezó a darle un poco de sexo oral. Subiendo y bajando, suavemente, mientras sentía que su hombre se arqueaba de placer.

Alessandro la tomó la puso boca arriba. Sus muslos se rodearon y la penetración fue suave y combinada con un tierno beso. Inclino las caderas y la penetración fue más profunda. Se acariciaban, se besaban, mientras el movimiento iba en un crescendo que se hacía más apasionado cada vez.

Él le levantó la rodilla hacía afuera y tuvo acceso al clítoris y los testículos se balanceaban con cada golpe que daba. Ella gemía y cada sonido era una orden para que él siguiera embistiéndola y llegando al fondo.

El orgasmo la arropó y fue tan intenso como el primero, nunca los orgasmos repetidos habían sido tan buenos.

Luego que ella acabó ahora él se encargó de penetrarla con más fuerza, vibrando en la cama, en envites violentos que llegaban al fondo. Ambos se miraban a los ojos y él le dijo.

—En este momento son nuestras almas las que hacen el amor.

Finalmente, en silencio, acabó. Se derribó sobre ella y se quedaron abrazados por un rato.

No supieron en qué momento se quedaron dormidos. Al día siguiente, Jessica despertó y se vio sola en la cama, por un momento un rayo de decepción la abrazó, pero pronto escuchó el grifo de la ducha y vio a Alessandro salir poco después en dirección a la cocina y regresar con una taza de café humeante.

Ella ni siquiera vio la taza de café, se quedó embelesada, viendo el cuerpo de él, chorreando agua, sexy, con una pequeña toalla que apenas si tapaba su sexo, con una taza en la mano y tan sensual como portada de revista masculina.

Jessica tomo la taza de café y le dio un generoso sorbo, estaba delicioso.

«Había alguna cosa mala en este hombre»

Él le quitó la taza de café y se metió en la cama a darle unos besos apasionados y largos.

—Lo de anoche fue increíble —dijo ella.

—Lo fue, Jess, lo fue. Es increíble la conexión que logro contigo, lo que pasamos, gracias por permitir amarte ese cuerpo como lo ame y por corresponderme de la misma manera. Dicen que las almas están para conseguirse y cuando se encuentran no quieren separarse, al parecer es así.

—Me estoy enamorando de ti.

—Yo ya me enamoré. Y lo que nos falta, no conoces ni el prólogo de todo lo que tengo para enseñarte.

Se besaron y ella fue a bañarse luego de tomar la taza de café. Al salir de la ducha un rato después, ya no había ni rastro de Alessandro.

Sabía que debía irse para hacer sus cosas. Era sábado pero el trabajo con su padre y sus cosas le quitaban tiempo. Ella también tenía que ir a casa de Alondra, acomodarse, descansar un poco y seguramente soportar el largo interrogatorio que esas dos le tendrían por todo lo que había vivido y porque no había ido a dormir.

Ellas sabían que estaba con Alessandro, en medio de la noche le mandaron mensajes al móvil que por supuesto ella no leyó, estaba bastante ocupada.

Salió del piso de Alessandro, bajó en el elevador y se echó a la calle. Camino a casa.

Al llegar al piso allí estaban tanto Alondra como Esmeralda esperándola con una gran sonrisa.

—Hoy si traes cara de follada. —Dijo Alondra.

—Es que solo hay que verle la cara de sueño que arrastra, mira sus ojeras y lo mal peinada. Es que nos tienes que contar todo. —Dijo Esmeralda antes de soltar una carcajada.

—Les diré todo, pero quiero primero una taza de café.

Pronto la tuvo enfrente y a dos mujeres ansiosas por conocer detalles. Ella no era de andar narrando las intimidades, pero algo tenía que contarle, para que se quedaran felices, así que les narró apenas el 5% de lo vivido. No habló de la cera de velas, ni de los múltiples orgasmos, solo que lo habían pasado bien y que Alessandro era un amante entregado.

Cuando terminó, Alondra con el rostro un poco opaco le dijo que ella tenía malas noticias.

—Me he dejado con Saul.

—¿Por qué?

—Bueno, el gilipollas como que acaba de darse cuenta que bota la tercera.

—...

—Que es maricón.

—¿Cómo pasó eso?

—Lo típico, salió a beber con unos amigos, un supuesto primo suyo se quedó con él en casa, una cosa llevó a la otra, unos besos, el uno comenzó a mamársela al otro y vaya... descubrió que le gusta más el banano que la sandía.

—Joder

—¿Qué te puedo decir? Dicen que las mujeres se gradúan cuando se enamoran de un gay. Con razón era tan amoroso el hijoputa.

—Ya déjalo amiga. Ni modo. Peor hubiera sido que el marido saliera maricón. Se han visto casos.

—Eso sí. Ya qué. —Dijo soltando un suspiro— al menos tú estás feliz con tu hombre.

—Sí. Espero que tanta maravilla sea cierta.

La llamada

Jessica se quedó esperando la llamada esa noche. Así habían quedado, que le llamaría a ver qué hacía.

Pero no llamó, ni esa.

Ni al día siguiente que era domingo.

Ni en el resto de la semana entrante.

Le dolía, por supuesto que sí, porque ella se había ilusionado, porque habían vivido cosas que no habían sentido con otras personas, entonces, que le hiciera esta evasiva, si es que la estaba haciendo, le causaba ardor.

Aún sentía las huellas de él en su piel. Cómo podía estar tan alejado.

Claro, tenía que ser una adulta y tener claro que un par de adultos podían tener sexo ocasional, pero esto no había sido sexo, sino un encuentro rudo, apasionado e increíble que como él había dicho, se habían encontrado dos almas.

Ella no era de andar metiéndose con cualquier hombre, sí, había salido con alguno, que le diera morbo, unas copas y sexo, lo normal, protegiéndose, y al otro día gracias, la pasé bien y que tengas buena vida. Pero lo de ellos. Vaya, era otra cosa.

En los últimos tiempos a Jessica le habían pasado muchas cosas, el que su casa se incendiara le había sacado callos en la piel para soportar otros golpes y no iba a darle importancia a Alessandro, si para él había sido un polvo pues eso era.

Porque es que ni siquiera podía sacarse la duda en la universidad, ya que ni siquiera había ido. Nada, perdido. Eso era normal en él. Faltaba a clase, pero como era guapo y tenía talento los maestros ni le reclamaban, total, sabía casi más que ellos.

Además, Alondra se le metió en la cabeza montarse una fiesta en casa, por lo tanto, podría disfrutar de un encuentro de amigos y conocidos, tomar unas cañitas y pasárselo bien.

Ella le pidió que fuera al super, para que comprara algunas cosas para dar de aperitivos en la reunión y así hizo. Cuando volvió, se decidió a limpiar todo el piso y disponerlo para la llegada de la gente. Quería que reluciera y Alondra no es que fuera la publicidad de la pulcritud, era un tanto desordenada y además la casa hedía a gato.

Preparó todo y como en ese nivel del edificio casi no vivía nadie y los dos pisos que tenían habitantes, tendría a los jóvenes de esa casa como invitados, entonces no había problema en hacer parte del encuentro en el pasillo, como en efecto se hizo.

Al atardecer, cuando ya todo estaba dispuesto, había puesto unas cavas con hielo donde estaba la cerveza, la mesa llena de distinta clase de aperitivos debidamente tapados para irlos abriendo, y así ella dio el paso para cambiarse, arreglarse el cabello que esta noche se lo dejaría suelto y se puso un vestido blanco un tanto transparente, pero que la hacía sentir hermosa y que además resaltaba sobre su piel canela.

Se vio al espejo y pensó

«Merezco al mejor hombre del mundo, uno que me ame, que me quiera y que me llame al día siguiente que me folla, uno de verdad, porque soy muy hermosa»

Mientras se miraba en el espejo, escuchó que los invitados iban llegando, así que salió a recibirlos, Alondra también ya andaba en el grupo, saliendo, saludando y mostrándose divertida.

Todos los estaban y Esmeralda, la dulce adolescencia, la hacía resaltar por sobre los demás, pero a menos que viniera alguno de su edad, la pobre se conformaría con beber Coca Cola y conversar con los demás.

Quien llegó de primero fue Asdrúbal, el mesero del bar quien vino además con un jovencito que parecía su nuevo ligue, era un poeta de esos que recitan donde les llamen y que parece que la cruda vida les saca los poemas más crueles o de esos que fingen ser Charles Bukowski y en realidad escriben poesía de alcantarilla. El hombre no era feo, tenía lo suyo, aunque andaba pegado como garrapata a Asdrúbal.

Este, trajo con él también a un par de hombres más, estos no parecían gays, andaban para pasarla bien y eran amigos del bar también. Sus nombres eran Felipe y Antonio.

También vino una pareja gay, Ernesto y Esteban, quienes trajeron unos aperitivos fritos.

Rosy y Leonella amigas de Esmeralda también aparecieron, eran de su misma edad y con la misma alegría, las tres no se separaron en toda la noche.

Susana y Leonardo, un matrimonio joven que vivía en el mismo nivel, aparecieron con unas bebidas un rato más tarde de empezar todo.

Cada grupo se había reunido entre ellos y conversaban, era una fiesta despreocupada, agradable, genial.

Asdrúbal apareció ante Jessica, que estaba tomando sola y pensaba en Alessandro, aunque intentara sacudírselo, a ratos se asomaba por sus pensamientos y le amargaba el rato.

—Me dijo Alondra que casi todo lo decoraste y acomodaste tú. Te quedo maravilloso, maravilloso.

—Sí, quedó muy lindo, gracias por venir.

—Hacía mucho que no iba de fiesta, siempre me dedico a servirle a todos en el bar y solo puedo verlos celebrando o viviendo sus propias emociones mientras yo les pongo trago en la mesa, está bien por una noche ser yo quien esté del otro lado.

—Me alegra sacarte por una ve de tu rutina entonces.

—¿Qué traes tú? Te ves opaca. ¿Esperabas a alguien?

—No, no lo esperaba, pero igual hubiera sido una sorpresa verlo llegar.

—¿Esperabas al caramelo ese hermoso que vi el otro día en el bar?

—Tal vez.

—¿Tienen algo?

—Echamos unos polvos, nada más.

—Amor mío, esa carita parece que es más que unos polvos.

—Qué te puedo decir.

—¿Fue de esos polvos que son... ¡Esos polvos!?

Ella asintió.

—Cómo lo siento querida mía. Vamos a disfrutar la fiesta que la vida es una sola.

—¡Salud por Jessica quien tuvo la idea de poner la recepción aquí afuera! —Gritó Esmeralda.

Todos brindaron por ella.

Rato después, Jessica estaba sentada comiendo un postre y aparecieron Antonio y Felipe, quienes se sentaron a sus lados.

—¿Tú no tienes un invitado? Solo anfitriona y atendiendo. —Preguntó Antonio.

—Ah, bueno sí, no tenía a quien invitar.

—Alguien tan bella como tú, sola en una fiesta. Eso es un pecado —comenta Felipe.

Jessica le dio un repaso rápido, era moreno claro, alto, con un poco de sobrepeso, pero era guapo, tenía una personalidad bonachona y eso le gustaba. Estaba bien, pero no le daba ni por los pies a Alessandro.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó ella.

—Soy ingeniero en sistemas, trabajo en una empresa desarrolladora de software.

Ella miró a Antonio, era más guapo que Felipe, delgado pero definido, rostro europeo, blanco, cabello castaño claro, todo en su sitio, asimétrico, con labios carnosos y rosados, mirada genuina, era lindo. Pero a ella no le inspiraba absolutamente nada.

—¿Tú qué haces?

—Soy chef pastelero, trabajo en un negocio de sushi, soy el jefe de cocina.

—¡Vaya! Me encanta el sushi.

—Ven a comer cuando quieras. Yo invito. Y el postre también —dijo esto último sonriendo.

Ella comprendió por qué no le atraía, era guapo, inteligente, sabía cocinar, pero una bestia para seducir. No tenía testosterona ni nada.

—Jessica, sabes que en la empresa queremos hacer unos murales dentro. Me gustaría saber si puedes ir y darnos unas ideas —dijo Felipe.

—Claro, con todo gusto.

—Es que el jefe quiere poner unas pinturas para hacer más acogedor el lugar tiene una ideas y bueno, tú que eres artistas podrías ofrecer y de repente quedarte con el contrato.

—Suena perfecto.

Felipe le extendió la tarjeta y le dijo que le llamara para ponerse de acuerdo.

—Podemos definir un poco la idea antes de ir con el jefe, eso lo podemos discutir en una comida ¿te gustaría? —sugirió él.

—No estaría mal.

Alondra gritó desde las escaleras. Había bajado por más hielo y traía las bolsas en la mano.

—Miren lo que trajo el gato.

Todos voltearon, incluida Jessica, que se quedó petrificada al ver a Alessandro allí, hermoso como siempre, vestido para la ocasión con una camisa negra y sobre ella una chaqueta del mismo color, de cuero, con una capucha atrás y unos vaqueros sexys que marcaban todo ese cuerpo que ella ya conocía.

Él le dirigió una mirada avergonzada a Jessica y dejó que Alondra lo presentara con los demás quienes fueron a saludarlo. Pronto se vio rodeado por las adolescentes amigas de Esmeralda, que querían presentarse primero.

Jessica se quedó sentada donde estaba, bebiendo de su trago y sin quitarle la mirada de encima, sabiendo que tenía frente a ella a quien le debía mil explicaciones y aunque le daba mucha alegría saber que su hombre estaba ahí, no dejaba de sentir el calor quemándole por lo sucedido.

Durante la noche, ella trató de mantenerse reunida con otras personas para no darle oportunidad a Alessandro de abordarla y darle explicaciones. Se sentía herida, además, tenía que saber que había hecho mal.

Pero, finalmente cuando fue a por hielo y unos bocadillos, él apareció a su lado y la tocó brevemente en el brazo.

—Vamos a hablar —le dijo.

Ella, que quería hacerse la fuerte, asintió con la cabeza, aunque manteniendo su rostro serio.

Fueron aparte, cerca de unos de los pisos de los invitados, un espacio donde estaban a unos metros de los demás y podían conversar sin problema.

—¿Estás molesta? —Dijo.

—No, para nada. Me encanta salir de la cama de hombres y que pase más de una semana y no sepa de ellos.

—Tengo explicación para todo eso, no he dejado de pensar en ti estos días. En serio

Ella sintió ganas de abrazarlo y besarlo. Pero su rostro estaba inmutable.

—Con los negocios de papá, tuve que encargarme de algo bastante complejo y no podía decir que no, sé que querías algunas cosas y no te la di, pero de verdad que tuve una razón de alto peso para no hacerlo.

Ella no se dio cuenta, pero su mano ya rodeaba su nuca y la acariciaba y ella comenzaba a derretirse.

—Alessandro... para.

Eso dijo de boca para afuera, porque por dentro ya estaba entregada a él y con el beso que le dio a continuación, sus piernas flaquearon, fue un beso suave, tierno, lindo.

Más de una semana de ausencia y el dolor que trajo ello, se desvaneció con el beso apasionado que recibió, solo deseaba a ese hombre.

—Quiero quedarme esta noche contigo.

—Esta no es mi casa, además comparto cama con Alondra, aunque ella no le molestaría compartirla contigo, no está en mis planes meterla a ella.

—Ni yo. Pero no te molestes, cuando veníamos llegando, le pregunté a ella si podía quedarme y encantada aceptó, dormiré esta noche con su hermana, así que tenemos lecho nupcial.

«Esa cabrona»

El resto de la noche fue agradable. Estuvieron conversando todos y Alessandro fue muy jovial y discreto. Sin duda Jessica la pasó bien.

Felipe vino y le habló diciéndole que quedaban para que fuera a la empresa a hablar del diseño, pero no dijo ni por asomo que fueran a almorzar, especialmente porque Alessandro no le quitó la vista de encima, haciéndole ver que pisaba propiedad privada.

Cuando todos se fueron, incluso Alondra y Esmeralda desaparecieron, seguro estaban en su cuarto, pero ni se escuchaban. A lo mejor en silencio, parando la oreja.

—Te ves hermosa con ese vestido, pero necesito arrancártelo.

—Podrás arrancarme lo que quieras, pero hoy estás en mi territorio, así que jugaremos con mis reglas.

—Vale, es justo ¿Qué quieres?

—Tú recorriste cada rincón de mí sin temor alguno, me pediste entrega total y eso te di. Ahora, en mi territorio quiero que tú dejes que sea yo la exploradora.

—Es justo. Pero tengo una condición.

—Ah, con condiciones...

—Tranquila, te gustará. Quiero, que cuando estés en mí, cuando hagas algo que deseo que hagas desde hace mucho, tu boca en mi miembro, lamiendo con entrega. Dejes que sea yo quien te diga cómo hacerlo.

A Jessica le agradó la idea, le restaba presión, porque él la guiaría en el proceso de comenzar a disfrutar. Confirmaron que todo estuviera cerrado y ahora fue ella quien lo fue empujando a su habitación, la cama de Alondra que esta noche probaría su resistencia.

Las bocas se encontraron y los besos apasionados fueron subiendo de nivel mientras se empezaron a arrancar las prendas.

Hay muchas cosas que Jessica no sabe de Alessandro, tantas historias, complicaciones, problemas que pondrán a prueba lo que se construye entre ambos. A veces el amor triunfa, pero a veces no.

En ocasiones, las circunstancias son tan densas y tan dolorosas que mejor es dejarlo del tamaño que está y no sufrir en vano.

Veremos más adelante si Jessica y Alessandro pueden trascender por sobre las laderas escarpadas y llegar a su cima, donde merecen estar.